Aunque no existan datos que indiquen que los homosexuales son detenidos sólo en virtud de esta ley, la condición de homosexual funciona como un agravante en caso de detención.

–Cuando arrestan a un heterosexual, por el delito que sea, en su ficha consta la falta que cometió, pero si detienen a un tipo que es evidentemente homosexual, aparte del delito, le colocan sodomita y ése es un antecedente que el juez toma en cuenta –asegura Rolando Jiménez, de 33 años, dirigente del Movimiento de Liberación Homosexual (Movilh).

A esta ley discriminatoria se suman la discriminación social, cultural, religiosa, a la que se ven enfrentados aquellos que deciden amar a alguien de igual sexo. De allí deriva un intrincado conjunto de miedos, resentimientos y culpas que se manifiesta no sólo en la relación hetero-homosexual, sino al interior mismo de la llamada «comunidad homosexual».

Porque no se puede hablar de los homosexuales como un grupo ordenado y homogéneo. Por el contrario, entre ellos subsisten las mismas diferencias de clase y cultura que en los heterosexuales y, por lo tanto, reproducen iguales prejuicios y diferencias. Así se encuentra el *Fausto*, «que es la discotheque para las locas regias», o el *Paradise* , para los más *proletas*. Además, se suman las diferencias en el tipo de homosexualidad que cada individuo asume: travesti, transexual, gay, etcétera, condición que determina la clase de relación que puede haber entre ellos.

Así, muchos rechazan al afeminado por ser «imitación de mujer». Peor si es travesti, y mucho peor si es pobre.

–Lo que pasa es que la definición de roles hombre-mujer que hace la cultura también se traslada a los homosexuales. O sea, es buena onda ser homosexual, pero siempre que seas bien machito, bonito y que no se note –afirma Víctor Hugo Robles, conductor del programa «Triángulo Abierto», de Radio Tierra, un espacio vincular de homosexuales y lesbianas.

Mala inversión para los padres

–En un principio había como más roles. Yo estaba más enamorado y a lo mejor Gonzalo percibía en mí un niño demasiado demandante, pero creo que tiene que ver con búsqueda de afecto paternal y con que yo estaba más enganchado. Pero después eso se superó –cuenta Pablo, de 30 años, mientras busca la mirada aprobatoria de su pareja: Gonzalo.

Gonzalo y Pablo pololean desde hace dos años, con los mismos altos y bajos de cualquier pareja. No viven juntos, no tanto por el qué dirán, sino por el temor de Pablo a caer en la dependencia emocional. Ambos pertenecen, si entramos en categorías, al estilo de gay «yanqui»; es decir, no tienen modismos ni tonos de voz que delanten abiertamente su posición sexual. Ello funciona como una protección frente al medio, pero da igual en lo que respecta a las familias de cada uno.

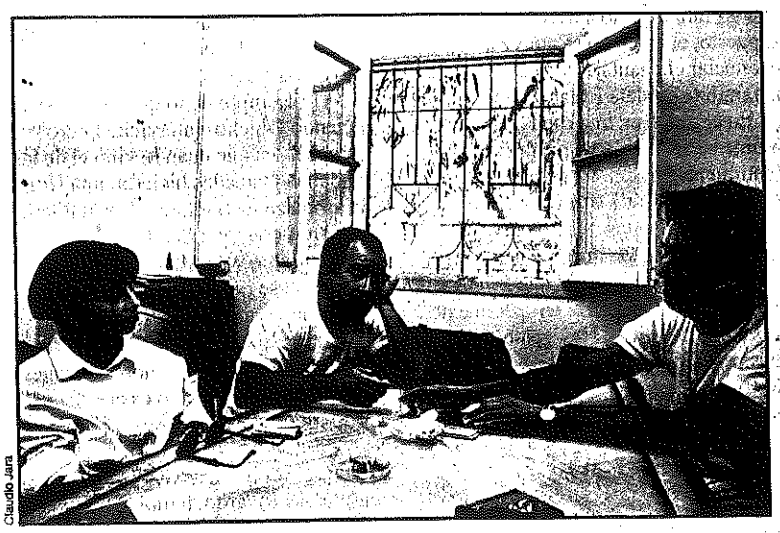
–Para los padres el tener un hijo homosexual es una mala inversión, ya que un gay no va a continuar el apellido, ni le va a dar nietos –piensa Gonzalo, quien durante casi nueve años no tuvo comunicación con su padre al saber éste de la homosexualidad de su hijo. Ahora restablecieron relaciones, «pero nunca hemos comentado el por qué dejamos de hablar».

Aunque aseguren que las amistades suplen en gran medida el vacío emocional que deja la familia, es innegable que les produce pesar su falta.

–Mi familia me rebela, porque ha sido muy ambivalente conmigo. No quiero compartir mi felicidad con ellos tampoco, sufrí más que la cresta. Creo que tengo una especie de resentimiento con mi familia porque se han comprometido poco con mi volá –dice Gonzalo.

Si por un lado se encuentran los temores de los homosexuales a que sus parientes sepan o sospechen, por el otro está el cuestionamiento mismo de las familias. Hace un par de semanas se realizó en el Movilh una interesante experiencia donde se invitó a padres y hermanos de gente homosexual. «Y el problema de la culpa de los viejos era increíble, pensaban "qué hice mal, en qué me equivoqué", como si sus hijos se hubiesen convertido en delincuentes», recuerda Víctor Hugo Robles. Y agrega: «En el fondo es hablar del hijo. Eso exige una posición de la madre, del padre y de su cultura y prejuicios».

Pero el miedo a enfrentar a la familia no sólo crea problemas en el interior, sino que es ocupado como base de conductas homofóbicas externas, como el chantaje policial,


Claudio Jara

Rolando Jiménez y Victor Hugo Robles.